

EL cuerpo no es simplemente ese «envoltorio» más o menos armónico según el modelo clásico de los atletas griegos, sino más bien una especie de nebulosa, cuyo impulso vital todos sentimos, y que expresa en su particular lenguaje la salud o la enfermedad, o la lucha que continuamente entablamos con nuestro inconsciente.

Vigilado, censurado, reprimido, sacrificado, aprisionado, ¿quién es en realidad ese mártir? el vientre. El vientre tiene —¿quién lo dudaría?— mala prensa. Es el gran olvidado, el gran humillado, el órgano vergonzoso, el que se trata de disimular, el que continuamente se tortura. ¿Por qué?

Georg Groddeck, un «psicoanalista salvaje», como él mismo se calificaba, un marginado de la gran familia freudiana, ha consagrado toda su vida al estudio del cuerpo y el vientre humanos. Médico, director de una clínica en Baden-Baden, Groddeck tuvo ocasión de escuchar a lo largo de su vida profesional a miles de pacientes. Producto de su larga experiencia es una especie de espeleología, de arqueología de las sensaciones. Groddeck escribió mucho hasta su fallecimiento en 1934. Sus textos, de una franqueza implacable, están siendo ya traducidos a otros idiomas. «Soy totalmente consciente de la herejía que suponen la mayor parte de mis opiniones —escribió Groddeck en 1933—. Sé que mis ideas minan los pilares de la actividad médica y de la actividad humana en general. Pero no puedo hacer otra cosa». Ya antes de 1918, Groddeck sienta los principios de la Medicina psicosomática. Para él, toda enfermedad es a la vez psíquica y física. El mal sólo opera en aquellos organismos predisuestos a recibirlo en su seno: «El bacilo de Koch —escribe Groddeck en 1925— no es el promotor de la tuberculosis, sino simplemente el instrumento mediante el cual el Ello ("id" o inconsciente) se vuelve tuberculoso». Y en 1933: «La cirugía no podrá progresar más que aplicando nuestros conocimientos en

torno a las represiones y los símbolos». Groddeck llega a lanzar la hipótesis, aunque no sin precauciones, de que el inconsciente no es ajeno a la formación y a la proliferación del cáncer, y que, en cualquier caso, «los terribles sufrimientos de los cancerosos abandonados —sobre todo de los operados sin éxito— podrían atenuarse en gran parte mediante un tratamiento psicoanalítico adecuado».

Fue preciso en Groddeck una sensibilidad particular a las mutuas relaciones entre lo físico y lo mental para arrojar nueva luz sobre la idea compleja que nos hacemos de nuestro propio cuerpo. Aparentemente, nada más fácil: uno no tiene más que mirarse al espejo. Todo está allí. En realidad, nuestro modo de comprender, de imaginar, de «vivir» nuestro «esquema corporal» de-

pende de los diferentes «modelos», estrechamente unidos entre sí, puestos en evidencia por Groddeck y sus sucesores. Examinémoslos uno a uno.

Tenemos en primer lugar el modelo cultural. Sufrimos el doble peso de un bagaje histórico y de un conjunto de hábitos sociales. La imagen occidental del cuerpo surge en la encrucijada de tres tradiciones religiosas: la iconoclastia judía, el idealismo griego y el esquematismo cristiano. Tradiciones en las que la apariencia humana es sublimada y remodelada en aras de una concepción metafísica. Los cánones apenas si han cambiado nada desde que Policeto, hace veinticinco siglos, formuló las proporciones clásicas. Los «culturistas» y otros «Mister Universo» de hoy no son sino caricaturas de los Hércules atenienses. El padre de la

escultura clásica griega trataba de expresar a través de la arquitectura de sus atletas una idea de armonía, de plenitud. El Renacimiento recoge y refuerza esta concepción equilibrada de las proporciones humanas y la proyecta hasta nuestros días. Ahora bien, el arquetipo griego que se ha impuesto en el inconsciente colectivo del Occidente —hasta el punto de que lo consideramos como «natural»— es muy selectivo. Rechaza el aspecto «nocturno», la parte oscura, libidinal de lo «vivido» corporalmente. He aquí la prueba: Si volvemos la mirada hacia otras civilizaciones, nos encontramos con cánones diferentes que —a pesar de su extrañeza— despiertan cierto eco en nosotros. Venus prehistóricas, figuras de las sociedades matriarcales y agrícolas, cuerpos bulbosos de los relieves hindúes, vasos precolombinos, fetiches africanos u oceánicos difunden una imagen del eros que nada tiene en común con el modelo dominante impuesto en Europa. Por otro lado, Europa ha ocultado cuidadosamente parte de su herencia. Todo el aspecto arcaico y dionisíaco del mensaje griego —con sus sátiros, sus panzudos silenos, sus báquicos cortejos, sus deidades del vino y del amor—, todo eso se ha perdido al mismo tiempo que las definiciones corporales que ello entrañaba.

De ahí las «revueltas» que estallan aquí y allá a lo largo de los siglos —como para reaccionar frente a las mutilaciones de una cultura represiva; rústicos vientres de Brueghel, rechonchas matronas de Durero, rollizas campesinas de Rubens, odaliscas de Ingres, prosaicas bañistas de Courbert, frutales mujeres de Renoir—, otras tantas «explosiones» provocadas por los elementales impulsos orgánicos de lo sensorial, igual que Rabelais o Claudel en literatura, o en música los juveniles solistas y las maravillosas cantantes del «jazz» negro americano de los años treinta.

Pero la sociedad actual, pragmática y utilitaria, controla y reprime estos desbordamientos de

LA VOZ DEL CUERPO

JEAN CLAY

LA VOZ DEL CUERPO

energía vital y hace del cuerpo, según observa el sociólogo Jean Baudrillard, «un objeto liso, sin mácula». El «frineísmo y el atletismo» son más que nunca los dos polos del cuerpo funcional. «La mujer moderna es al mismo tiempo la vestal y la "manager" de su propio cuerpo, que ella trata por todos los medios de conservar hermoso y competitivo; el cuerpo se convierte en un objeto amenazador al que hay que vigilar, reducir, mortificar». Baudrillard habla de «una auténtica empresa de autorrepresión que afecta actualmente a un tercio de las poblaciones adultas de los países superdesarrollados (y al cincuenta por ciento de las mujeres)». Según una encuesta americana, treinta millones de ciudadanos norteamericanos sufren o creen sufrir de obesidad.

El empleado de Banca se planta unos pantalones de «western»; el mando acude todos los días al gimnasio. Los ministros se dejan retratar mientras hacen «footing». Todos tratan de recoger el vientre. Los tirantes pierden la batalla ante el cinturón. Al mismo tiempo, la publicidad cinematográfica, televisiva, etcétera, difunde una serie de imágenes epidémicas del cuerpo humano que, según el antes citado Baudrillard, eluden nuestros fantasmas más recónditos «en pro de una religión superficial y cutánea del cuerpo». El «drama» de la libido, la participación de la sexualidad y la afectividad en la vida del cuerpo son caricaturizados a través de un fetichismo menor y anecdótico. Superficialmente erotizado, vuelto aséptico, transformado en puro objeto, el cuerpo pierde su vínculo orgánico con la Naturaleza.

A este primer modelo «cultural» que incluye sobre nuestra visión del cuerpo se superpone otro, nacido con el descubrimiento de la disección: el modelo **anatómico**, el cuerpo objetivo de los científicos. Este modelo se impone en el siglo XV, cuando se comienzan a abrir los cadáveres. Gracias al escalpelo, el cuerpo desvela sus misterios ante la mirada atónita del médico. Este realiza un inventario de los diferentes órganos. El cuerpo se racionaliza, se cuantifica, se objetiviza. Refiriéndose a los cirujanos del siglo XVIII, el historiador Jean-Pierre Peter escribe lo siguiente: «Nuestros textos abundan en miradas atónitas que descubren las células de los tejidos del cuerpo, el "tejido membranoso", cuyo desorden explica que allí se ha

producido la enfermedad». A partir de ese momento, el cuerpo se leerá como un mapa: la Medicina se convierte en el arte de lo visible.

El descubrimiento de la perspectiva es lo que posibilita esta nueva ciencia. Como observa el historiador del arte Panofsky, Leonardo, que se autodefinía como **pittore anatomista** y que diseccionó más de treinta cadáveres, es el «auténtico fundador de la anatomía. (...) Como ciencia, ésta era impracticable sin un método que permitiese registrar los detalles observados, sin un dibujo completo y preciso en tres dimensiones». Era preciso un código

mitos, fantasmas, etcétera, expresaban —confusa e ingenuamente— todo un discurso simbólico e inconsciente, discurso a través del cual la enfermedad se expresaba a sí misma. En adelante se constatará la existencia paralela de dos concepciones diferentes del cuerpo. Por un lado, la de los científicos, estrechamente vinculada a los esquemas dominantes de las ciencias físicas de la época. Así, en el siglo XVII, se habla del «cuerpo-máquina», descrito así por Jean-Paul Peter: «Máquina hidráulica cuyo motor lo constituye el corazón. Máquina neumática en la que los espíritus animales, las partes más su-

randero participa de la misma representación del mundo, habla la misma lengua».

Hasta el siglo XX, hasta la iniciación de esta práctica psicodinámica a cargo de Groddeck, la Medicina de los científicos se obstinará en reprimir el discurso oscuro del paciente, ese «algo umbilical y larval» (Artaud) que pugna por salir a la luz. El enfermo se vuelve transparente. Queda «excluido de su enfermedad». Pero si el médico censura los fantasmas de su cliente, es sobre todo porque le inquietan y preocupan. Imposible encerrar este cuerpo desbordante de palabras, este cuerpo que trata continuamente de expresarse a sí mismo, imposible encerrarlo en fórmulas y definiciones cerradas y tranquilizadoras propias de los manuales. Es la puerta abierta a lo incontrolable, a lo vago, a lo impreciso, mientras que «la anatomía tiene por función demostrar que no hay nada más allá de lo que se ve y tiene un nombre» (Fedida). Nada: el cuerpo no es más que una imagen; la muerte, sólo un síntoma más.

Si el médico se aferra a este sistema de defensa es porque él mismo no está libre de todo impulso irracional. En opinión de Groddeck, la vocación médica nace de «una propensión a la crueldad reprimida hasta el punto de resultar útil». A lo que añade Fedida: «Resulta paradójico que la anatomía se pretenda totalmente libre de toda participación imaginaria, cuando obedece al deseo más primitivo del hombre: el de ver y conocer el cuerpo del otro, abriéndolo, penetrándolo y seccionándolo». Es así cómo desde el siglo XV, en su aproximación científica y objetiva al organismo humano, la anatomía ha contribuido a marginar toda vivencia irracional del cuerpo. Ahora bien, el inconsciente no puede ser postergado impunemente. Es como un río subterráneo. Más tarde o más temprano saldrá a la superficie y con una violencia proporcional al tiempo que haya estado reprimido. «Lo que se reprime no desaparece por las buenas —observa Groddeck—, sino que queda relegado a un último plano, donde es natural que se sienta humillado y preterido. Entonces, todo su afán es volver a ocupar el lugar que en justicia le corresponde, para lo cual trata de presionar continuamente hasta que encuentra un resqueijado por el que se desliza inmediatamente». Fuerza bruta, impulso vital, el Ello —que así es como



Rústicos vientres de Brueghel, hechichas matronas de Durero, rollizas campesinas de Rubens, odaliscas de Ingres..., «explosiones y revueltas» que estallan aquí y allá a lo largo de los siglos para reaccionar frente a una cultura represiva. (Las Tres Gracias, de Rubens.)

go, un sistema regulador para registrar, comunicar las experiencias y fundar al mismo tiempo un discurso científico. Vinci procede mediante cortes minuciosos, verticales y horizontales, presentando en transparencia los órganos ocultos.

Progreso capital que será más tarde prolongado por la radiografía y la bioquímica. La Medicina se convierte en un tipo de física, en una somática. «La disección de los cadáveres tiende a disipar las fantasmas de la imaginación alquímica y médica y deja el cuerpo listo para ser sometido a un examen libre de repugnancia o de pasión, de falsas creencias y de supersticiones», escribe el psicoanalista Pierre Fedida. El cuerpo se libera así de sus mitos y misterios. Pero, al mismo tiempo, pierde su dimensión psíquica. Puesto que aquellos misterios,

tiles de la sangre con las que se mezcla el soplo de los pulmones, se distribuyen más allá de la válvula pineal por el interior de los del cerebro y de los nervios. Máquina estática, con sus palancas, sus cables y sus puntos de apoyo. Un conjunto de bombas, de prensas, de trituradores y de filtros, cuyas tuberías conviene limpiar de vez en cuando». Pero, por otro lado, prolifera —y persiste en la actualidad— una concepción «salvaje» del cuerpo humano, una especie de «contradiscurso opuesto al científico», a base de recetas y de magia. «¿No es acaso natural —escribe Peter— que los campesinos (en el siglo XVIII) prefieran recurrir a sus curanderos en lugar de ir a ver al médico porque aquéllos les permiten inscribir su enfermedad dentro de un discurso sobre el mundo que les resulta comprensible? El cu-

Groddeck llama al inconsciente—lo atraviesa todo como un río de lava, constituyendo poco a poco el ser complejo que somos, como una célula «que, bañada por tesoros nutritivos, selecciona automáticamente lo que le conviene». Reprimido ese impulso vital, el Ello emplea para hacerse oír el «lenguaje» de la enfermedad. «Las enfermedades no vienen de fuera, como el enemigo; son creaciones oportunas de nuestro microcosmos, de nuestro Ello. (...) ¿Por qué extrañarnos de que un ser que es capaz de producir un nuevo hombre con un cerebro de hombre y un corazón de hombre pueda suscitar un cáncer, una pulmonía o una caída de matriz?».

«Lenguajes», aviso, confianza: la enfermedad expresa, según Groddeck, otra cosa distinta de sí misma: un mal más profundo, enquistado en el inconsciente. Y las terapias somáticas, los cuidados dedicados exclusivamente al cuerpo no hacen sino eliminar los efectos y no las causas. La intervención química o quirúrgica vulnerabiliza al paciente. Por eso no hay que limitarse a utilizar el escalpelo, sino que se debe llevar a cabo cuanto antes una exploración metódica de nuestro «esquema corporal».

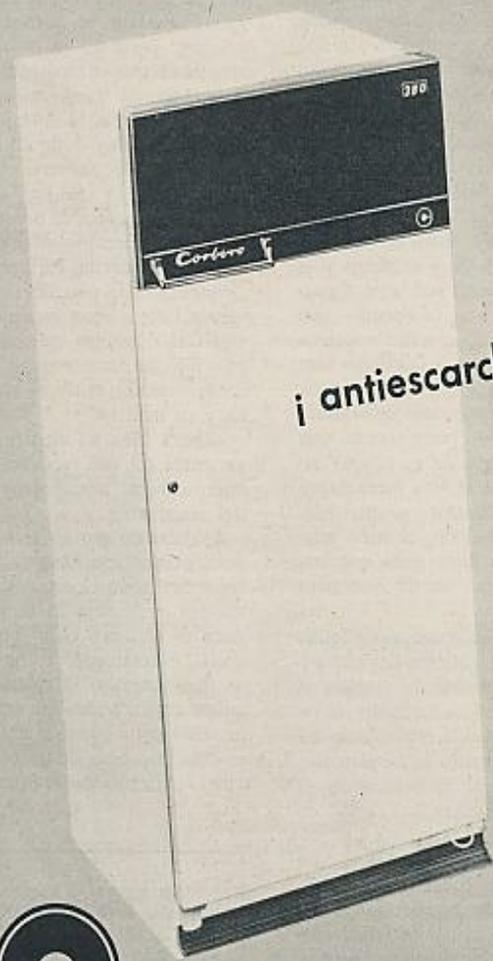
Cada uno de nosotros se experimenta a sí mismo subjetivamente como una determinada presencia de ser, como una nebulosa de fronteras imprecisas. El cuerpo anatómico está perfectamente delimitado, el «imaginario» es, por el contrario, vago, impreciso. Es materia antes que forma. Ciérranse los ojos, escúchese el propio cuerpo: se sentirá como una tibia irradiación, una circulación lenta y difusa que se polariza en torno a este o aquel núcleo de ser, allí donde el sentimiento de ser alcanza una mayor densidad, donde se anudan las presencias más fuertes, más compactas: plexo solar, garganta, vientre, etc. Este cuerpo «fantasmático» —este tercer modelo del cuerpo humano que se superpone al «cultural» y al «anatómico»— hunde sus raíces en la historia de cada uno de nosotros, sobre todo en los tres primeros años de la vida, esos años «censurados», de los que luego no nos quedan recuerdos, y que, sin embargo, han visto cómo se desarrollaban —aparte del aprendizaje neuro-muscular— auténticos seísmos psicológicos: «Nuestra madre, fundadora de la percepción misma de nuestro cuerpo —escribe el psicoanalista J.-C. Lavie—, estará siempre presente en

nuestro modo de percibir el mundo circundante; su presencia velará a su modo por nosotros hasta que exhalamos el último aliento. Nuestra "imagen del cuerpo" se ha forjado, hora tras hora, durante la primera infancia, al dictado de cada uno de los gestos maternos. El niño pequeño carece de exigencias, es la exigencia misma. (...) Y la parte de esta exigencia que la madre reconozca como válida, será la que determine en cada uno de nosotros su particular modo de ser amado» (J.-C. Lavie). Ahora bien, en la madre, el despliegue afectivo será tanto más intenso cuanto más sufra el niño. Consecuencia: el sufrimiento se convertirá en una forma de apelar al amor de un semejante. Ya adulto, ese individuo enfermará para ser amado o para convertirse en objeto de su propio amor. Se trata del sentimiento de autocompasión. «Estamos destinados a hacer de "madre" de nuestro propio cuerpo». Adoptando la posición fetal antes de hundirnos en el vértigo del sueño, vamos al encuentro de nuestra madre. Incluso la sed nos retrotrae a esa primera infancia: «Toda agua es leche —observa Bachelard—. O más exactamente, toda bebida que nos proporciona satisfacción es leche materna».

La primera infancia es también una fase de impulsos agresivos, de amor-odio hacia una madre cuya «respuesta» no satisface nunca totalmente la «exigencia» planteada por el niño pequeño bajo forma de gritos, de lloriqueos, de gestos. Sobre esta laguna va edificándose, no sin dolor, la personalidad independiente del niño. Este toma cada vez más claramente conciencia de su autonomía. La «nebulosa» que lo incorporaba totalmente a la madre se disipa. Durante toda la vida conservaremos la huella de este paso de la unidad primitiva a la soledad. Para demostrar la importancia de semejante ruptura, el psicólogo Henri Wallon habla del «fantasma que todos llevamos dentro». El psicoanálisis ve aquí la fuente de nuestra búsqueda permanente del prójimo a través del amor, la amistad, la procreación, como si la vida no fuese más que un incesante retorno, siempre insatisfecho, al seno materno. Mediante la imitación de gestos y comportamientos, el niño se apropia de los seres que le rodean. Los absorbe, copiándolos. Adopta su modo de sonreír, sus actitudes, sus hábitos. Su futuro comportamiento corporal queda determinado por sus proyecciones

¡ que sensación de confort
manejar
un frigorífico
de calidad!

Nuestros frigoríficos son de evaporación automática y con climatizador incorporado a la mantequera. El sistema antiescarcha por descongelación programada, elimina automáticamente la escarcha y le ahorra toda clase de manipulación. Y que satisfacción... ¡ saber que es **Corbero!** la marca de prestigio



¡ antiescarcha!

C desde luego
Corbero
Corbero servicio seguro
COCINAS-FRIGORIFICOS-CALENTADORES

© COI-121

LA VOZ DEL CUERPO

amorosas. Hasta sus prejuicios más arcaicos subsistirán, a lo largo de su vida, bajo la capa de cultura racional. «Los conocimientos científicos adquiridos no pueden, bajo ninguna circunstancia, eliminar lo que de niños teníamos por verdadero —explica Groddeck—. En el fondo, toda la vida seguimos siendo niños».

Uno de los temas más caros de Groddeck es el de la bisexualidad fundamental del ser humano. El inconsciente «no distingue entre sexos, como no distingue tampoco entre edades». Nuestros tejidos conservan el recuerdo de la indeterminación sexual propia del embrión. Por eso, en su empeño por describir conjuntamente a hombres y mujeres, Groddeck se ve curiosamente obligado a «trocear» el cuerpo humano. Un ojo no tiene «sexo». Será femenino cuando lo fecunde un rayo de luz, y masculino, cuando transmita la impresión visual al cerebro, al que fecundará. Esta concepción ambivalente del cuerpo permite percibir, según Groddeck, la relación existente entre la enfermedad, por un lado, y el deseo y la represión sexual, por otro. Groddeck piensa —como Freud— que la libido impregna todos nuestros actos. Encontramos la misma idea de fraccionamiento del cuerpo en diversas observaciones de Wallon: «El niño puede comportarse con tal o cual parte de su propio organismo como si ésta fuera capaz de sentir por cuenta propia; asomado a un balcón, el niño afirmará que lo hace para que sus rodillas puedan ver lo que pasa en la calle».

Groddeck hace hincapié igualmente en los orificios del cuerpo. Según el psicoanalista alemán, al abrirse camino hacia la luz, el recién nacido vive la experiencia del tránsito. Mediante la respiración, la alimentación, la defecación, el individuo descubre la función de los orificios del cuerpo y los placeres que le proporcionan. De aquí se deriva precisamente el tema predilecto de Groddeck: el vientre. Para el psicoanalista alemán, el espacio situado entre el perineo y el diafragma es el auténtico núcleo del hombre, «el centro en torno al cual gravita el sistema planetario humano». Al hablar del vientre, el estilo de Groddeck se vuelve lírico: «En él se sitúan los grandes vasos sanguíneos y linfáticos; por doquier se encuentran ganglios simpáticos; ahí tiene su sede el plexo solar; las hormonas y los fermentos más importantes tienen ahí su fuente; todos los procesos químicos

posibles tienen lugar en el vientre; la respiración se regula, en parte, desde ahí. (...) El vientre es una ciénaga que absorbe como una esponja y que puede obstaculizar la circulación, llegando a paralizar a menudo toda actividad cardíaca. (...) El ojo, la oreja, la nariz, el cerebro, los pulmones, la piel, en una palabra, todo es, al mismo tiempo, boca, órgano del vientre».

Groddeck denuncia el menosprecio en que se tiene a un órgano tan esencial: «Se habla de alta moralidad y de bajos instintos. (...) Nuestra época impía sólo reconoce semejanza divina a la mitad superior del ser humano. (...) No siempre se ha pensado así: hubo un tiempo en el que Dios sondeaba el corazón y los riñones, pero no el cerebro, un tiempo en que se mostraba un respeto sagrado hacia las entrañas maternas, hacia la fuerza de los riñones. No hay duda de que esa época ha de volver». Vitruvio consideraba el ombligo como el centro del cuerpo. El prestigio del ombligo ha decaído totalmente en la época moderna. En opinión de Groddeck, esta pérdida de importancia refleja «con espantosa claridad el deterioro sufrido por la relación de temor respetuoso, o de veneración, entre el ser humano y su madre».

«Ahora bien, el vientre conserva, entre sus mil recovecos, el recuerdo de su inicial dependencia del ombligo».

Apasionado por su tema, Groddeck proyecta la imagen del vientre sobre todo el organismo: «El vientre es el hijo de la boca; la boca es el útero en el que aquél crece, exactamente como el feto se desarrolla en la matriz». Descubre analogías en los espectáculos más cotidianos: la col nos recuerda la cabeza de un recién nacido. Las legumbres con vaina nos

sugieren «el misterio del niño oculto en el cuerpo materno. Los huevos duros suscitan frecuentemente en nosotros la aversión: simbolizan, entre otras cosas, el endurecimiento del embrión». En esta ciénaga putrefacta que es el vientre se hunden nuestros humores. Todo médico que no tenga esto en cuenta, que no trate «la dureza o la flaccidez del vientre como manifestaciones del lado consciente y del inconsciente del enfermo», no es un buen médico. Groddeck se preocupa siempre de «medir» a sus pacientes: «En todo ser humano pueden detectarse a veces súbitas extensiones del vientre que están determinadas por los acontecimientos vividos por el sujeto durante el día y que pueden relacionarse con impresiones del alma —sobre todo en el caso de personas que tienen un sistema vascular sensible—. (...) Las retenciones de gas aparecen con frecuencia de forma tan tempestuosa y, por otro lado, desaparecen de nuevo tan súbitamente sin que se produzca ninguna evacuación de aire, que uno no puede menos de aventurar la hipótesis de que la mayor parte de estas hinchazones se producen bajo la influencia de emociones conscientes o inconscientes del alma».

El papel fundamental desempeñado por el vientre en nuestra «imagen del cuerpo» se ve corroborado, según Groddeck, en los dibujos infantiles. En éstos se representa el tronco como un saco vacío, una especie de tonel por cuyo interior descienden verticalmente los alimentos, para formar, en la parte inferior, una papilla líquida. En este tonel tienen su sede el alma, el apetito, todos los sentimientos primitivos, y a su interior llegan por la boca, según la imaginación del niño, los gérmenes que darán origen a su futuro hermanito. En el adulto, ob-

serva Groddeck, «esta representación sigue actuando inconscientemente, y ello a pesar de nuestros conocimientos anatómicos; por eso es importante médicamente para los diagnósticos y la terapia».

Finalmente, el psicoanalista de Baden-Baden recurre a la ciencia etimológica. Trata de descubrir, bajo el sentido aparente de las palabras, su auténtica raíz, su mensaje oculto. «En la época de Homero se consideraba el diafragma como la sede de la vida, la palabra *phrenes*, plural de *phren*, designa el humor, el alma, el estado de espíritu, y las palabras *sophron* (sensato), *phreneo* (pensar) se derivan ambas de *phren*». Groddeck observa asimismo que «los romanos estaban tan persuadidos de la importancia del vientre, que transfirieron su nom-



Cada uno de nosotros se experimenta a sí mismo como una determinada presencia de ser, como una nebulosa de fronteras imprecisas. El cuerpo anatómico está perfectamente delimitado, el «imaginario» es, por el contrario, vago, impreciso...

bre latino (*venter-ventriculus*) a las cavidades del corazón y del cerebro».

Pero el cuerpo puede ser también un refugio en el que trata de buscar abrigo el mal de vivir. En el sordo gorgoteo de los órganos y las materias, el ser trata de buscar anclaje, protección, calor y presencia. Intenta sumergirse en el seno de su propia sustancia vital —como si quisiese detener el tiempo, identificarse con el sueño eterno de los minerales—. El estreñimiento es la forma clínica de este retorno a los propios orígenes. «(El estreñimiento) está siempre determinado psíquicamente —escribe Groddeck—. Indica que hay algo que debería transmitirse al exterior, pero que se retiene dentro. (...) Es absur-

Una señora se queja de violentos dolores de cabeza. La pregunto que para qué sirve la cabeza:

—Para pensar.

—Entonces, si sus dolores de cabeza son cada vez más violentos, ¿qué ocurre con los pensamientos?

—No se puede seguir pensando.

—Luego usted tiene dolores de cabeza porque hay algo en lo que usted no quiere pensar...

—No veo el qué.

—Algo muy importante y muy desagradable. Además, cuando alguien dice: «No veo el qué», la realidad es que sí lo ve y muy bien: la misma negación lo demuestra.

—¡Ah!, comprendo: tengo dolores de cabeza por culpa de las corrientes de aire.

—¡Hay mucha gente que se pasa el día sentada o de pie en medio de una corriente de aire sin sufrir dolores de cabeza! Por eso debe haber algo más... y ese algo es un pensamiento insoportable, prohibido. ■ GEORG GRODDECK.

¡ este mes, autos !

documental[®] en COLOR

una publicación mensual de temas sugestivos

UNA COPRODUCCION
EDITORIAL TEIDE
INSTITUTO GEOGRAFICO
DE AGOSTINI



Sigue la serie...
El mes pasado
el gran éxito:
LOS PERROS

Ahora...

AUTOS DE CARRERAS



PROXIMOS TITULOS

- LAS FLORES
- YATES A VELA Y REGATAS
- LA PESCA SUBMARINA
- ARMAS DE CAZA
- MOTOCICLETAS
- LOS GATOS

todo lo que interesa... en su mano

Recorte y envíe este cupón a:

EDITORIAL TEIDE, Viladomat, 291 - BARCELONA - 15

Ruego me envíen contra reembolso de 150 ptas. un ejemplar de cada uno de los libros marcados con una cruz: LOS PERROS

AUTOS DE CARRERAS

(En el bien entendido de que el precio de cada libro es de 150 ptas.)

NOMBRE _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____

En el silencio de la vida fetal hace irrupción un acontecimiento de considerable importancia para la formación de la humanidad: el ritmo. Durante largos meses, a intervalos regulares, resuenan en el niño los latidos del corazón —al no la única, si la más importante impresión sensorial de este período—. Después creamos haberlos dejado de oír. Nada más erróneo, como lo demuestran las noches silenciosas y las emociones que experimentamos y que se traducen en latidos del corazón.

La conmovión periódica e incesante de todo el organismo, a partir del corazón, actúa en profundidad sobre la formación de nuestro ser. El ritmo no rige sólo la música y la poesía. La palabra, los gestos e incluso el pensamiento obedecen a leyes rítmicas. El ritmo es la condición de toda creación. ■ GEORG GRODDECK.

do ignorar este envite, reducirlo al silencio mediante purgas y clísteres. (...) No es que me oponga a que se lave el vientre, el alma del paciente, pero creo que con ello se cierra, al mismo tiempo, el acceso al inconsciente. El vientre es, pues, la sede electiva de nuestras angustias. «La contrariedad oprime, se instala debajo del diafragma, lo mismo que la preocupación y la pesadumbre, y suscita probablemente, oprimiendo el plexo solar, todo tipo de desórdenes mecánicos y químicos». Extraños sueños, fantasmas, pesadillas de los que la literatura ofrece ejemplos abundantes. En un largo análisis crítico, Jean-Pierre Richard ha señalado en la obra de Céline un miedo obsesivo y febril al desbordamiento corporal, al abandono orgánico. Miedo compartido por muchos niños: «A esa edad —señala Groddeck— se configura la idea de que el vientre estalla durante el parto. A estas angustiosas representaciones se suma progresivamente otro factor derivado de la represión interna de la homosexualidad, factor que influye decisivamente sobre las resistencias inconscientes de los adultos». ¿Y qué decir, por ejemplo, de ese curioso relato fantástico del poeta Henri Michaux? «Un día, un inmenso icneumon hembra se abalanzó sobre mí, y me costó sudor y sangre esquivar la trompa que trataba de hundir en mis riñones, para depositar en ellos sus abundantes huevos, a los que yo habría luego de alimentar pacientemente durante meses, larvas infectas y victoriosas, a base de mi propia carne».

Groddeck añade una nota final a su análisis del vientre, afirmando que todo ser humano aspira inconscientemente al embarazo: «En todos los procesos de absorción y digestión de alimentos, o, más aún, en todo lo que significa apropiación de algo exterior al propio cuerpo, entra en actividad el símbolo del embarazo». Esta aspiración es fácilmente identificable en la mujer, a la que impregna —dice Groddeck— «des-

de su primera infancia hasta el fin de sus días». Prueba de ello es el ensanchamiento progresivo de las caderas, que continúa incluso después de la menopausia, «ya que el inconsciente conserva durante más tiempo que la razón la esperanza de tener un hijo». La mujer de edad experimenta los mismos síntomas que la futura madre: dolores de cabeza, mareos, taquicardias. Es sensible a los símbolos del embarazo. «Una serie de alimentos, de flores y frutos determinados, la visión de mujeres encintas, de niños pequeños, de coches de niño, de parejas de enamorados o de ciertos hombres, todo ello puede poner en funcionamiento el aparato simbolizador», así como los males que lo acompañan.

Pero lo que más sorprende, hasta el punto de escandalizar a algunos, es la hipótesis de Groddeck según la cual el varón experimenta el mismo anhelo de alumbramiento que la mujer. «Sólo una cosa puede resultar extraña en esta hipótesis: el hecho de que se niegue con obstinación». Aparatos de medir en mano, Groddeck establece comparaciones morfológicas entre las mujeres encintas y ciertos hombres del tipo de «vientre inferior», que se caracterizan por tener caderas más anchas, abundante grasa en torno a las tetillas y escaso vello. Pero ya sean gordos o delgados, los hombres se ven naturalmente obligados a reprimir sus deseos. No les queda otra salida que la acción, esa maternidad abstracta: a falta de niños, crean situaciones.

En el fondo de estas paradójicas hipótesis, que a tantos escandalizan, late la misma voluntad de fusión. Groddeck piensa que el hombre trata durante toda su vida de reconstituir la unidad primitiva, vivida en el seno materno. Hasta el día en que, cansado de una búsqueda infructuosa, opta por volver a la placenta original. El cuerpo se hunde en la muerte; el yo se disuelve en la eternidad. ■ J. C.